Nuestra comprensión de la Pastoral en SIAO[1].

La comprensión más frecuente de la palabra pastoral en el ambiente educacional tiende a ser la del espacio en que los creyentes se organizan para rezar, tener comunidades, preparar y recibir sacramentos, etc. Suele ser un lugar de contención de tipo afectiva y con apertura al desarrollo del servicio social. Se percibe como un espacio acogedor, pero de *la gente buena* (de *los niños de capilla*, que son respetuosos, que acatan las normas, que "se compartan bien"). Si miramos al menos la última década del ambiente escolar de iglesia, las pastorales se están achicando y se ha visto disminuido el sentir eclesial y comunitario; falta pertenencia, acompañarse verdaderamente, celebrar, etc. Por otro lado, también se observa que las pastorales son una parte esencial de lo que da su identidad a nuestras instituciones educativas; son un sello de nuestra identidad cristiana. Quizá esto es señal de una crisis más profunda, asociada a nuestra dificultad para formar a las nuevas generaciones en el ámbito espiritual, en el sentido eclesial, en la solidaridad y el compromiso ciudadano-político: ¿no tendremos la necesidad común de profundizar más la mística cristiana en nuestro colegio? También hay tensión entre una vivencia comunitaria tácita (que de hecho existe sin que le llamemos pastoral), y lo normalmente reconocido como pastoral, más centrado en los sacramentos, vivencias litúrgicas u otros eventos religioso-espirituales. A veces, extrañamente, vemos con cierto pudor de los mismos católicos que se avergüenzan de su propia fe en vez de vivirla abierta y generosamente como un regalo.

Desde el año 2019 nuestra institución está proyectando una estructura institucional, donde se distingan dos grandes áreas: el Área Académica (AA) y el Área Pastoral (AP). Suele ser el AA un área más fácil de reconocer en su campo de acción, dado que somos un colegio y la mayor parte del tiempo los estudiantes están enfocados en lograr los aprendizajes definidos por el curriculum nacional, con el aporte particular que nuestra institución complementa la propuesta país. Por su parte, como se ha dicho anteriormente, el AP ha tenido una compresión restringida al campo de lo espiritual – religioso, donde la acción social toma un protagonismo en la concreción de los preceptos evangélicos.

Pero ¿cómo queremos entender la pastoral?, ¿qué conceptos son los que nos interesan, motivan y orientan para completar nuestro proceso de formación propuesto en el colegio? Una primera aproximación es que queremos comprender la Pastoral como: ***todo modo de acompañar el proceso de crecimiento humano, espiritual y de construcción de proyecto de vida de una persona, inspirado en la propuesta de Jesús en los Evangelios***. En este sentido, esperamos que la pastoral sea el área formativa que contribuye a la labor educativa aportando pistas, criterios y acciones para reconocer la semilla de Cristo que hay en cada uno y desplegarla integralmente por la maduración de un proyecto de vida conforme al Evangelio. Esta perspectiva excede lo netamente religioso espiritual, más bien se trasforma en una forma de ser y actuar en todo el acontecer formativo del colegio,

[1] Inspirado en el texto "Criterios e intuiciones comunes para nuestra pastoral- Fe y Alegría Chile".

donde la preocupación del desarrollo personal y comunitario[2] es una tarea de todos y en todo lugar, y no sólo de las personas que directamente pertenecen al estamento pastoral.

De esta manera, el área Pastoral aglutina los esfuerzos de formación religioso espiritual, formación en la convivencia y servicio, así como en el desarrollo socio afectivo y familiar. Es decir, ámbitos de la vida de una persona que le permiten desarrollarse en conjunto con el logro de aprendizajes cognitivos propuestos por el curriculum nacional.

El Área Pastoral debe ser garante del buen desarrollo de la "cura personalis" propuesta por la pedagogía ignaciana, velando por el desarrollo del "magis" en la vida de cada persona, especialmente de los estudiantes. Esta área de formación debe velar por el adecuado desarrollo de nuestro proyecto educativo, según las características identitarias de la propuesta educativa de la Compañía de Jesús.

Esta recuperación y ampliación de la pastoral, implica romper muchos esquemas pastorales tradicionales que manejamos y profundizar nuestra espiritualidad.

Recuperar la pastoral como *acompañamiento integral de la vida de nuestros niños y jóvenes a la luz del Evangelio* es, al mismo tiempo, quizá la única manera de proponerles una experiencia significativa de Dios, fuente de nuestro propio sentido al servirlos y amarlos. De este modo, que a la pastoral entren los temas sexuales, afectivos, de "habilidades para la vida", de compromiso por la justicia e implicación política, etc. no es más que una consecuencia de lo que entendemos por cristianismo: *la experiencia profunda de que el fundamento de la Vida es Amor, como se nos ha revelado en Jesús, animándonos por el Espíritu a soñar y colaborar con Él en la construcción de un mundo de hijos y hermanos*. Separar esta experiencia de las preocupaciones vitales de nuestros niños y jóvenes, como hoy sucede frecuentemente en las pastorales, se transforma en que más tarde ellos disocien a Dios de su vida cotidiana. Por ello la opción madurada es, en el fondo, dejar que Dios (y lo religioso) toquen transversalmente las distintas dimensiones de nuestra formación como absoluto en vez constituir otra dimensión más. Y aunque sea algo problemático en el contexto cultural actual, parece ineludible como desafío para nuestra identidad creyente. Pues no nos conformamos ni con una pastoral tradicional, que puede ser irrelevante para la vida de nuestros estudiantes, ni con una formación que puede llegar a ser psicología sin raíz espiritual[3].

Debemos pensar y desarrollar una pastoral profundamente inclusiva y dialogante, que busque alcanzarlos a todos sin que por ello deje de ser explícitamente religiosa, en sintonía con la identidad y fuente más profunda de la Espiritualidad Ignaciana, que nos propone un cristianismo al servicio de los pobres, el que no puede perder su referencia al mismo Jesús y la Iglesia.

[2] Donde el grupo curso toma especial relevancia, con el acompañamiento de los Profesores Jefes.
[3] Cfr. Documento "Criterios e intuiciones comunes para nuestra pastoral- Fe y Alegría Chile".

¿Qué no podría dejar de pasar con un estudiante en el Colegio San Ignacio?

1. Todo estudiante debe tener **<u>experiencia de vida interior:</u>**

   - que tome conciencia de la vida espiritual que le habita –sentimientos espirituales que le surgen; mociones que se le generan- al hilo de las diversas experiencias de vida que va teniendo, del encuentro con las personas y de las diversas realidades a las que va teniendo acceso, en medio de un contexto, mundial, nacional y comunitario que le interpela y agita internamente
   - que tome conciencia de la presencia de un Dios cercano y misericordioso que le habita, que se comunica con él/ella al hilo de esa experiencia espiritual que va teniendo, y que le invita a moverse en la línea de generar Vida en torno suyo, tanto para sí como para los demás
   - Para esto el colegio tiene la responsabilidad de generar experiencias para el desarrollo de la vida interior, adecuada a la etapa de desarrollo evolutivo de los y las estudiantes.

2. Todo estudiante debe tener **<u>experiencia de ser y/o sentirse acompañado</u>** a lo largo de su paso por el colegio:

   - Ante la compleja realidad cultural, el acompañamiento debe surgir como un apoyo que ayude a que el alumno/a comprenda que la vida es un proyecto encaminado a la felicidad humana, tanto personal como social. De allí que todo alumno/a debe experimentarse apoyado y orientado, tanto en su reflexión, oración, así como en el discernimiento de las mociones divinas para tomar las decisiones más adecuadas para su vida. Se trata, entonces, de discernir lo que más conviene para él/ella en las diferentes situaciones o momentos de la vida.
   - En ese sentido, la función del acompañante es ayudar al estudiante a mirarse con objetividad, desde su propia subjetividad, desde sus propias experiencias vitales y, asimismo, valorar a quienes le rodean y a su entorno.
   - El acompañante ignaciano, en ese sentido, no se limita a ayudar a la solución inmediata de situaciones escolares, sino que abarca toda la problemática personal del estudiante, también la espiritual, ayudándolo a discernir las acciones que deberá ejecutar, sabiendo que quien toma las decisiones es el acompañado. En este sentido, el rol del acompañante es ayudar al discernimiento y a la “reflexión desde el cual el acompañado va identificando y reconociendo los movimientos del espíritu, y cómo éste le conduce hacia determinadas conductas”
   - Dicho de otra manera, todo alumno/a debiera tener a lo largo de su estadía en el colegio la experiencia de sentirse apoyado por otros a través del diálogo, para

proporcionarle los medios que le ayuden a orientar su vida hacia el bien, animándole a caminar hacia las metas que él/ella mismo/a se ha fijado, mediante la formación de un proyecto personal de vida.

- Por tanto, este acompañamiento se refiere no solo a las dificultades escolares del estudiante, sino también a su vida familiar, sus amistades, sus diversiones, tiempo libre y, en general, a todas sus relaciones afectivas, sicológicas y sociales, en las cuales se encuentra inmerso, es decir, en la vida entera. Así, entonces, en relación a nuestros estudiantes, nuestra tarea es acompañarlos al encuentro con ellos mismos y a discernir su proyecto personal de vida.
- De lo anterior se desprende que los procesos educativos son personalizados y apuntan a la formación y capacitación para el trabajo, para la convivencia democrática, para impulsar el cambio y el desarrollo social y para la formación ética y religiosa. Se orientan, por la espiritualidad y pedagogía ignacianas, para que todos lleguen a ser "hombres y mujeres para los demás" y "con los demás", con excelencia humana, alto nivel académico y capaces de liderazgo en sus ambientes.

3. Todo estudiante debe acceder a un **conocimiento y/o experiencia de la persona de Jesucristo**, vivo y actuante en medio nuestro:

- La persona de Jesucristo viene a ser, para todos y cada uno/a de nuestros estudiantes, uno de los aprendizajes más deseados y queridos de nuestro colegio
- Él es quien encarna aquello que el colegio sueña para cada uno/a de nuestros estudiantes: llegar a ser "una persona para y con los demás". Jesús es el modelo de persona que está detrás de todos los aprendizajes que buscan ser instalados en nuestros estudiantes: una persona consciente, de sí y del entorno que le rodea, conciencia que le lleva a amar a ese mundo del que se siente parte y protagonista; competente, capaz de hacerse las preguntas y de generar la reflexión que lleve a dar respuesta a las interrogantes que el mundo nos va poniendo por delante, siempre en un horizonte de bien común; compasivamente comprometido con ese mundo del que es parte y respecto del que quiere hacerse responsable, proponiendo las soluciones o los cambios que generen Vida para sí y para los demás.
- Para esto el colegio tiene la responsabilidad de generar experiencias para el desarrollo de la vida interior, adecuada a la etapa de desarrollo evolutivo de los y las estudiantes.

Santiago, junio de 2021.